

EL DIFÍCIL AJUSTE

JUAN E. HERRERA

Sin duda que 1990 ha sido un año difícil para la economía chilena. El crecimiento del producto nacional será escaso, ciertamente menor a lo que el país puede y debe crecer para ir resolviendo nuestros problemas de pobreza y subdesarrollo; y la inflación del año, del orden del 30%, será por su parte superior a lo que se había estimado inicialmente, y a lo que debe ser la meta de una sociedad económicamente estable.

Frente a este panorama cabe preguntarse: ¿por qué sucede esto?, ¿acaso al Gobierno no le interesa una economía con precios estables y con crecimiento dinámico?, ¿habrán perdido la brújula las nuevas autoridades económicas?

Partamos por la más simple. Las autoridades económicas tienen sus objetivos sumamente claros, saben muy bien lo que están haciendo, y como lo han dicho antes y ahora, están comprometidas a llevar la economía chilena hacia un crecimiento económico alto y sostenido, en un marco de estabilidad de precios y también de reglas del juego para los distintos agentes sociales involucrados. Estos objetivos económicos se han definido como condiciones necesarias para que la sociedad chilena pueda a su vez avanzar, con seguridad, hacia la superación de la pobreza y la desigualdad.

¿Por qué el ajuste entonces? ¿Por qué las altas tasas de interés, que han contribuido a hacer más lento el ritmo de actividad industrial y comercial? ¿Por qué la inflación sigue y este año será aparentemente mayor que en 1989?

Para entender la clave del año económico es indispensable detenerse un momento en la evolución reciente de nuestra economía. Después de la tremenda crisis de los años 1982 y 83, la economía chilena no logra iniciar su recuperación real sino hasta los años 1987, 88 y 89. Al inicio de esa época las tasas de cesantía era del orden de 15% de la fuerza de trabajo, existía capacidad instalada sin utilizar en el aparato industrial y productivo en general y el desafío económico era relativamente simple: se trataba de reactivar y de poner en marcha la actividad productiva. Para ello la política económica de esos años utilizó con un criterio expansivo los diferentes instrumentos de que dispone la autoridad económica, desde la política cambiaría a la política tributaria y

la política monetaria, con el objetivo de estimular la expansión de la demanda y el gasto del sector privado de la economía, especialmente en los años 1988 y 1989. Se siguió una política monetaria conducente a generar tasas de interés bajas, se rebajaron los impuestos a la renta, a algunas importaciones y se redujo la tasa del IVA; además, se manejaron los gastos fiscales y el proceso de privatizaciones en forma de generar un superávit fiscal.

UN CICLO VIEJO

Los números indican que se tuvo éxito en obtener efectivamente la dinamización de la economía; las tasas de crecimiento de los años 87, 88 y 89 fueron de 5.7%, 7.4% y 10% respectivamente. Sin embargo, como es cierto aquello de que en economía "no hay almuerzo gratis", el precio de ese "exitoso" proceso de reactivación fue la generación de una economía absolutamente sobrecalentada y con fuertes presiones inflacionarias derivadas de una situación de exceso de gasto. Los síntomas ya eran claros a fines de 1989; mientras las importaciones crecían en un 35% sobre el

año anterior, evidenciando las dificultades de la producción interna para responder a los requerimientos de la demanda, los aumentos mensuales de precios de los últimos meses de 1989 y primeros meses de 1990 indicaban una tendencia anualizada de la inflación que superaba al 30%.

Una vez más se repetía un viejo ciclo de la economía chilena: un período de gran expansión y exitoso desempeño, que sin embargo conlleva el germen de la crisis subsecuente al no respetarse los equilibrios macroeconómicos que permitirían la sustentación y estabilidad del proceso.

Sucedió en 1965, en 1971, en 1981, y se repite en 1989.

Para el gobierno democrático que inició la transición en marzo, el desafío resulta tremendamente difícil. Mientras la restauración de la democracia significa la expresión abierta de las demandas postergadas de distintos grupos sociales que reclaman se responda a la "deuda social", las lecciones aprendidas de la historia económica propia y ajena indican que no hay estabilidad ni progreso económico sostenido sin cuidar la delicada relación entre lo socialmente deseable y lo económicamente posible. Las

El autor es actualmente consejero del Banco Central de Chile.



dolorosas experiencias concretas y recientes de la mayoría de las renacientes democracias latinoamericanas señalan que la respuesta fácil del populismo, que ofrece todo ahora y ya, termina demasiado pronto en inflación desatada, retroceso económico y cesantía; los más perjudicados, los de siempre: los de abajo.

OBSTACULO PRINCIPAL

El camino elegido por las nuevas autoridades económicas democráticas es más áspero; hay que enfrentar desde el comienzo la tarea que otros dejaron pendiente. Junto con asegurar una disponibilidad moderada de nuevos recursos tributarios para responder a las necesidades sociales más imperiosas, y de modificar una legislación laboral injusta, es indispensable retomar el control de la inflación y reducir el exceso de gasto global. Para ello será necesario elevar las tasas de interés, manejar con prudencia el presupuesto fiscal, y asumir con responsabilidad el precio que la economía chilena deberá pagar en 1990: una tasa de crecimiento reducida.

El juicio básico que subyace en esta estrategia es que la inflación es

el principal obstáculo que amenaza las posibilidades de desarrollo sostenido en Chile y en otros regímenes democráticos de América Latina. Si las continuadas alzas de precios son la expresión económica de la incapacidad de los distintos grupos sociales de resolver sus conflictos con una perspectiva de carácter *nacional* más que grupal, el desafío de derrotar la inflación no es tarea de un equipo económico ni siquiera de un gobierno, sino más bien una responsabilidad compartida de todos los agentes sociales: trabajadores y sus organizaciones, empresarios, partidos políticos, intelectuales, medios de comunicación, etcétera. Tarea de todos, éxito o fracaso de todos.

LA JUSTA PROPORCION

Cuando el esfuerzo más duro ya se había hecho y se podía anticipar una fase más expansiva de la política económica, la explosión de los precios del petróleo significa un golpe duro a los planes económicos, agrega un estímulo externo significativo a la inflación y retrasa el proceso de recuperación de la economía. Aunque las perspectivas de mediano plazo siguen

siendo favorables y no se han visto alteradas, no cabe duda que el *shock* del petróleo es un tropiezo de consideración y que la caída de riqueza real que representa no puede ser evitada en el corto plazo.

Tomando en cuenta las circunstancias en que se encontraba la economía a fines de 1989, el hecho muy importante de que 1990 sea el primer año de la reanudación democrática, los accidentes "externos" como la sequía y la crisis del petróleo, y finalmente la tremenda fuerza de la inercia inflacionaria en la economía chilena, se puede mirar con tranquilidad el resultado obtenido. Se han sentado las bases para un crecimiento estable en los próximos años, no se ha cedido a la tentación populista y se ha comenzado a responder a lo prometido en materia de necesidades sociales.

En medio de la discusión económica cotidiana es necesario de pronto levantar la vista y no perder la justa proporción de los hechos y su perspectiva. Críticas y críticos existirán siempre y es bueno y útil que así sea; lo importante es mantener la tranquilidad y la claridad necesarias para perseverar en el camino correcto. ☞